

El oficio de **investigador***

The researcher's **duty**

Giomar Barbosa**

Recepción: marzo de 2013
Evaluación: julio de 2013
Aceptación: marzo de 2014

Artículo de Reflexión

Resumen

Una de las funciones sustantivas de la educación universitaria, al lado de la docencia y la extensión, es la investigación. Dentro de los planes de estudio, se hace especial énfasis en el área de investigación, y los currículos contemplan cursos de epistemología y de metodología de la investigación con el objetivo de formar a los estudiantes para la tarea de la creación e innovación del conocimiento. Pero, pocas veces se habla de las condiciones subjetivas, vitales, que hacen posible el acto creativo. ¿Puede la lectura de una obra literaria servir como introducción a un curso de investigación en el que, a

la par que se describen las condiciones formales del proceso, se enfatiza en la investigación como necesidad vital de la existencia? Tal es la lección que nos deja la lectura de la obra de Conan Doyle, creador del personaje de ficción Sherlock Holmes. La concepción que tiene este sujeto ficticio sobre el proceso de conocimiento revela innegables influencias de la filosofía empirista, pero, más allá de esto, lo que en el fondo perdura es que todo proceso investigativo se origina en una necesidad vital del acto creativo característico de cierto modo de existencia humana.

Palabras clave: formación de investigadores, método de enseñanza, filosofía, creatividad, motivación.

** Artículo de Reflexión derivado de experiencia en aula.*

*** Docente Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Facultad Ciencias de la Salud.*

*giomar.barbosa@uptc.edu.co
giomisita@yahoo.es*





Abstract:

One of the substantial roles of college education, along with teaching and extension education, is research. Special emphasis is done in the research field inside syllabuses, and the curricula consider epistemology and research methodology courses with the goal of educating students for the job of creating and innovating knowledge. But, rarely, the subjective and vital conditions that ease the creative act are mentioned. Can reading a literary work serve as an introduction to a research course in which, alongside the formal conditions of the process are described,

emphasis is put on research as a vital need for existence? That is the lesson for us reading the works of Conan Doyle, creator of Sherlock Holmes fictional character. The understanding that this fictitious character has on the process of knowledge reveals undeniable influences from empirical philosophy. But further on, what lingers in the background is that every research process originates in a vital need of the creative act, characteristic in a certain way of human existence.

Keywords: researcher formation, teaching method, philosophy, creativity, motivation.



Introducción

“El hombre gusta más del camino que conduce a la consecución del fin que del fin mismo”.

F. Dostoievski

Este escrito es una reflexión suscitada por un seminario de investigación a nivel de Maestría donde, más allá del riguroso y siempre esperado método investigativo, se presenta un elemento de motivación importante para despertar y direccionar el espíritu hacia el camino que nunca se agota, la ruta de la investigación, el de la constante pregunta y la insaciable necesidad de conocer y explicar lo que nos sucede.

Lo primero que hay que observar, en el desarrollo del curso, es el material bibliográfico que sirvió de soporte al seminario. Este no se trataba de manuales de metodología de la investigación que ilustran sobre los pasos fundamentales del método científico; ni de tratados epistemológicos sobre la naturaleza, alcances y límites del conocimiento humano, o de libros y artículos sobre historia de la ciencia; tampoco se trataba de guías para la presentación formal de resultados de investigación.

Las lecturas puestas a disposición de los estudiantes fueron algunos relatos de Sir Arthur Conan Doyle (2000), creador de un reconocido personaje de ficción llamado Sherlock Holmes. Como complemento a los relatos “policíacos” de este literato inglés, se ofreció un libro titulado “La construcción del Oficio de Investigador: una perspectiva sherlockiana” de Diego Antonio Pineda (2008), filósofo, traductor y estudioso de la obra original de Doyle.

Esta propuesta es novedosa, en tanto que permite reflexionar sobre ¿Cómo es posible que la vida y obra de un detective-consultor pueda constituir una introducción a la formación de investigadores? ¿En qué puede ayudar el relato “policíaco”, una serie de aventuras aparentemente muy alejadas de la seriedad de los científicos, a la formación del espíritu investigador?

Pues bien, Doyle, a través de sus narraciones, no solo muestra cómo la observación, la deducción, el análisis, la intuición y otras facultades del pensamiento propias del espíritu científico, se articulan con miras a la consecución de determinados fines, sino que sus relatos presentan cómo se moldea y se construye un oficio que hace de la búsqueda apasionada y de la indagación metódica un estilo de vida. En síntesis, tanto la obra del literato inglés como las “meditaciones sherlockianas” del profesor Pineda, señalan de qué manera la actividad creadora propia del arte, y en este caso de la literatura, se constituye en motivo apropiado para estimular la reflexión sobre el quehacer del investigador científico (Pineda, 2008).

Adicionalmente, el coordinador del seminario presentó una guía de lectura compuesta por cuarenta y dos temas que, a su vez, se conformaba por ocho preguntas en promedio. No se trata, como bien lo dice el documento, de dar respuesta a cada uno de los interrogantes formulados sino de pensar sobre los problemas allí planteados. Así las cosas, la lectura del material bibliográfico mencionado dio lugar a las reflexiones que se expondrán a continuación.

Este escrito es una reflexión suscitada por un seminario de investigación a nivel de Maestría donde, más allá del riguroso y siempre esperado método investigativo.



La formación del investigador

La experiencia nos enseña que lo usual, cuando se trata de cursos de metodología de la investigación científica, es desarrollar un programa sobre los pasos del método científico. Se dice, entonces, que la investigación comienza con la formulación de un problema, la delimitación temática, la definición de los objetivos, la justificación y el impacto que se espera obtener con los resultados. Se precisan las técnicas de recolección de datos y los métodos de tratamiento de los mismos, estadísticos o cualitativos, según el caso. Finalmente, se nos ilustra sobre las técnicas de presentación de trabajos escritos. Todo lo cual, sin duda, es útil y necesario, pero no suficiente en la formación del espíritu investigador (ICFES, 1999).

Otros cursos tienen por objeto la lectura y reflexión sobre temas epistemológicos relativos a las condiciones de posibilidad del conocimiento científico, a la estructura de las ciencias, a la formulación de hipótesis plausibles, a la historia de una ciencia en particular, en fin, a la filosofía que sustenta la definición de conceptos clave en la construcción teórica de las disciplinas científicas. Este tipo de cursos son demasiado abstractos como para pretender impartirlos en los niveles introductorios de la investigación, de hecho, son más apropiados para personas que adelantan investigaciones en campos específicos del saber; para estudiantes avanzados de filosofía; para filósofos de profesión que se ocupan de lo que los científicos hacen, tales como el conocimiento que se conoce con nombres como epistemología, lógica de

la ciencia o estructura del conocimiento científico (Mardones, 2003).

No obstante, si se parte de la idea de que solo investigando se aprende a investigar, se puede afirmar que “la investigación es una práctica, un oficio, que se aprende en la propia práctica; que se aprende haciéndolo, y precisamente en la medida misma en que buscamos perfeccionarlo reflexionando sobre él” (Pineda, 2008, p. 6). Por consiguiente, no parece existir un mejor método de investigación que aquel que se construye a partir de la experiencia personal, con todo lo que hay de felicidad y tribulación del pensamiento, de aventura del conocimiento e interrogación del mundo o de nosotros mismos.

Ahora bien, no hay programa de investigación alguno que pueda garantizar de antemano la formación de un espíritu científico, si no está primero y sobretodo la curiosidad, el deseo de saber (Doyle, 2000). Un auténtico investigador tiene, siempre, un asunto fundamental que resolver; los hechos, las teorías y su propio mundo se configuran y modelan en torno a una pregunta que es vital para él. En virtud de esta configuración del mundo, y de los intereses teóricos y extrateóricos propios del conocimiento, va seleccionando los hechos y las teorías que son relevantes para la investigación del problema que tiene en mente (Vasco, 1990). No todas las lecturas, la información, ni las teorías tienen la misma importancia, hay algunas que ni siquiera la tienen, simplemente se les deshecha. Por eso, Sherlock Holmes puede decirle a su amigo Watson, a propósito de la teoría copernicana, que no le interesa y que, en todo caso, tratará de olvidarla (Doyle, 2000, p. 42).

La experiencia nos enseña que lo usual, cuando se trata de cursos de metodología de la investigación científica, es desarrollar un programa sobre los pasos del método científico. Se dice, entonces, que la investigación comienza con la formulación de un problema, la delimitación temática.



De otro lado, un buen investigador no pierde nunca la perspectiva del interés social de su oficio. En efecto, la investigación que, a la par tiene un fuerte sentido teórico, posee una clara dimensión práctica, pues contribuye a la solución de problemas específicos del entorno.

Ahora, ¿qué facultades especiales distinguían a Sherlock Holmes en su oficio de investigador? Según se deduce de una lectura de la obra de Doyle, su personaje de ficción se distinguía, en primer lugar, porque considera que “la observación se ha convertido para mí como en una segunda naturaleza”, lo cual supone una esmerada educación de los sentidos, pues los órganos sensoriales son verdaderos instrumentos del pensamiento. Pero, en segundo lugar, los sentidos si bien nos proveen de los datos de la realidad, estos datos solo son significativos si se los vincula con ciertos criterios de clasificación de acuerdo con los intereses que rigen un deseo de conocer específico, es decir, un buen investigador cultiva la habilidad para un tratamiento adecuado de los hechos: registra, clasifica, relaciona, completa, analiza, sintetiza. En tercer lugar, el uso inteligente de la información, supone “el desarrollo de habilidades para la adecuada recolección, análisis y ordenamiento de la información” (Pineda, 2008, p. 42).

En resumidas cuentas, el trabajo del investigador supone una cierta capacidad para formular hipótesis fructíferas y para interpretar, relacionar y explicar los datos relevantes a la luz de principios generales o leyes con el objeto de formular una teoría. Estas habilidades, de las que aquí se habla, implican un conveniente entrenamiento en el adecuado uso de

las reglas lógicas del pensar y una clara capacidad de seguir una larga cadena de razonamientos deductivos propios del conocimiento demostrativo.

Las características mencionadas constituyen una singularidad del personaje del literato inglés. Es verdad que, en esta descripción, no existe la propuesta de un método de investigación, pero sí la constatación de un conjunto de disposiciones formales, diríamos, ‘innatas’, que son condición virtual y/o vital del oficio de investigador.

Empero, la filosofía, en particular cierta corriente “Positivista”, se ha esforzado, entre otras cosas, por la explicitación del “método de investigación”. Es cierto que, no solo el positivismo, también el Racionalismo de Descartes (2006) nos ofreció un método para pensar bien; pero, se sabe que, no por estar en posesión de un método, está garantizada de antemano la formación del espíritu investigador. Parafraseando a Estanislao Zuleta (1985), podemos decir que ofrecer un procedimiento para pensar bien, que conduzca a resultados seguros, es como prometer una extraordinaria aventura por un terreno pavimentado. En realidad, la investigación sería mas bien una búsqueda en desierto sin huellas.

Es cierto que las reglas del método cartesiano pueden aplicarse a las formas del correcto pensar. En efecto, la mente procede por análisis, es decir por descomposición de los problemas en las partes que lo componen; por deducciones, a partir de principios generales, actúa mediante una cadena de inferencias y, la mente sintetiza, recompone, integra o resuelve para seguir formulando nuevas

Empero, la filosofía, en particular cierta corriente “Positivista”, se ha esforzado, entre otras cosas, por la explicitación del “método de investigación”.

preguntas a partir de los resultados obtenidos (Descartes, 2006).

Estas reglas del correcto pensar solo son útiles en la medida en que se desarrollen sobre la base de un interrogante, de un tema que consideremos de vital importancia resolver. Es decir, la base de todo proceso de investigación es la existencia de una pregunta que es vital para nosotros resolver. La ciencia, como el arte, no es una tarea que se le pueda imponer a nadie, es la salida que busca el espíritu ante situaciones que se nos impone significativamente para resolver; o como lo decía Zuleta (1994) “El arte como la filosofía no es una misión; a nadie se le puede reclamar como un deber no cumplido. Es mas bien la salida que a veces se encuentra en casos desesperados” (p. 81).

Los hombres deben conocer y pensar por sí mismos. Los filósofos, ciertamente, son hombres de muchos conocimientos; pero nadie se hace sabio siguiendo ciegamente las ideas de otros. Si pensar por sí mismo es lo que hace de alguien un gran filósofo, será eso lo que haga filósofo a cualquier otro hombre. Como dice Locke (1956), “El hecho de que por nuestros cerebros circulen las opiniones de otros hombres, aunque sean verdaderas, no nos hace ni un ápice más conocedores” (p. 77). El proceso de pensar por sí mismo comienza desde la educación que se imparte a los niños. Pero ocurre que nuestro sistema educativo, tal como está concebido, actúa en función de prohibir el pensamiento. De acuerdo con Pineda (2008):

“Es claro que será muy improbable que de un sistema educativo centrado en la reproducción de lo ya conocido surjan mentes investiga-

doras, es decir, personas que hagan el esfuerzo de pensar por sí mismas y proponer problemas y plantear posibles soluciones que hagan avanzar el conocimiento” (p. 67).

Cuando el maestro o el libro, u otra autoridad cualquiera, se convierten en dogma, no se estimula la curiosidad ni se admiten temas que no estén en el programa. Ello ocurre porque el propio maestro no está interesado en indagar. El mejor profesor es aquel que tiene una pregunta por resolver, es decir, quien tiene la investigación como un proyecto de vida. Por lo tanto, se preocupa por leer, por corregir los errores del razonamiento, por escribir de manera clara y creativa, porque “El buen practicante de un oficio se entrena a diario en este, pues sabe que sus talentos naturales solo afloran por medio de una práctica constante y regulada” (Pineda, 2008, p. 70). Este es su oficio, por ello debe inventarlo, recrearlo y mejorarlo todos los días. Esto solamente es posible en la medida en que el trabajo realizado esté animado por el deseo de saber.

Hacer del oficio un modo de vida

Sherlock Holmes ha convertido su oficio de detective consultor en un modo de vida, pues la observación metódica se le ha convertido, según él mismo lo dice, en una segunda naturaleza. Por eso, su mente está poblada de detalles, de datos que solo interesan en la medida en que son clasificados de acuerdo con una finalidad específica. Lo mismo ocurre con los datos tomados de sus lecturas. No le interesa todo, sino únicamente aquello que pueda tener consecuencias útiles o prácticas según un propósito definido

Cuando el maestro o el libro, u otra autoridad cualquiera, se convierten en dogma, no se estimula la curiosidad ni se admiten temas que no estén en el programa. Ello ocurre porque el propio maestro no está interesado en indagar.



que le sirve como horizonte de todas sus investigaciones. El investigador siempre tiene en mente una pregunta, un problema que le permite orientarse en medio de los datos caóticos de los sentidos.

El investigador, por otra parte, es capaz de sostener una extraordinaria continuidad, es decir, puede vivir durante mucho tiempo a la sombra de una misma idea, trabajando en una misma dirección. Ni siquiera el trajín de la vida cotidiana logra desarraigarlo de la labor que ha emprendido; la vida se somete a la disciplina del tiempo, de la laboriosidad y del trabajo.

El trabajo del artista, del filósofo o del científico, es una actividad capaz de transformar a quien la ejerce. A diferencia de otros trabajos que alienan al hombre, como puede ser un empleo rutinario que nada tiene que ver con los deseos e intereses propios, la labor del investigador o la del creador no es una tarea obligatoria y reglamentada, ni una especie de militarización de la vida y del saber, pues, como nos enseña Dostoievski (2003), “la vida debe ser algo más que una mera fórmula, pues el dos por dos son cuatro, ya no es vida, señores, sino el comienzo de la muerte” (p. 98). Se trata, por el contrario, de un trabajo transformador, en la medida en que le confiere un sentido liberador a la vida: creador, inscrito en el tiempo, hecho de laboriosidad y de continuidad, en el cual la acción no riñe con el deseo.

Desde luego, aquí, en cierta forma, estamos idealizando la ciencia, el arte y la filosofía. Sabemos que en el mundo han existido hombres y mujeres que, efectivamente, han hecho de su vida una obra de arte y, del arte y la filosofía, una

forma de vida. Estos pensadores son excepcionales, pero su ejemplo nos sirve como un faro que ilumina el puerto a donde quisiéramos llegar. No es común encontrar en el mundo a un Aristóteles, a un Descartes, a un Tomas Mann; pero, en medio de estas luminarias, bien le va a uno el papel de reflexionar sobre la manera como se debería proceder en la tarea de la investigación, que tiene como característica fundamental la capacidad de asombro, de interrogación, de búsqueda, de duda.

Curiosamente, para el caso que nos ocupa, Sherlock Holmes, según lo podemos deducir a partir de la información que hasta ahora tenemos, es un hombre muy seguro de sí mismo. En efecto, se da el lujo de pensar que no hay nadie como él. Al referirse a Dupín —el detective creado por E. A. Poe lo trata como “meramente analítico”, sin las cualidades superiores que lo distinguen a él en el campo de la investigación del crimen. Esta característica del personaje de ficción imaginado por Sir Arthur Conan Doyle, es propia de la personalidad que tiene una excesiva confianza en sí mismo, lo cual, tampoco es deseable.

La filosofía, por el contrario, nos enseña que un hombre debe sostener sus opiniones, y en particular la que tiene sobre sí mismo, con una cierta dosis de duda. Descartes dudaba de todo, incluso de sí mismo. Puede ser, decía, que yo sea el producto de las ilusiones de un genio maligno. La duda le indicaba que era un ser que pensaba y de ahí formuló su conocida máxima “Si dudo es porque existo” (Descartes, 2010, pp. 247-265). Está bien, pues, que no nos olvidemos de las palabras de D. Hume: “Entrégate

El trabajo del artista, del filósofo o del científico, es una actividad capaz de transformar a quien la ejerce.

a tu pasión por la ciencia, pero haz que tu ciencia sea humana y que tenga una referencia directa a la acción y a la sociedad, sé filósofo, pero en medio de toda tu filosofía continúa siendo un hombre” (Hume, 1984, p. 23).

La formación de nuestra mente

En “Estudio en Escarlata”, Doyle (2000) describe la concepción que del “cerebro” tiene Sherlock Holmes: “Un pequeño ático vacío en el que hay que meter el mobiliario que uno prefiera” (p. 25). Los filósofos no hablarían de cerebro, palabra muy propia para un hombre con conocimientos profundos de anatomía, saber derivado de la formación de médico que tenía Doyle, que le transfiere a su personaje de S. Holmes en la obra, los primeros prefieren hablar de mente o entendimiento. En efecto, para la filosofía empirista, la mente es como un papel en blanco, libre de toda inscripción y dispuesta naturalmente a registrar las impresiones producidas por la afección de los objetos externos en los órganos de los sentidos. En virtud de estas impresiones, la mente tiene ideas, que son el material de todo nuestro conocimiento. Así pues, según los filósofos empiristas, el conocimiento es relación entre ideas, las cuales se originan en la experiencia. En efecto, los empiristas consideran la mente como una “tabula rasa libre de toda inscripción” (Locke, 1982, p. 528).

Así, Sherlock Holmes dice que el cerebro o “ático vacío” se amuebla con los objetos que uno prefiera, con aquellos que puedan ser útiles para los fines del conocimiento que se busca. Aquí hay una diferencia importante con la filosofía empirista: si el origen de las ideas es la experiencia,

la mente es inicialmente pasiva en la recepción de ideas, es decir, no puede preferir unas de otras. La preferencia de la que habla Holmes sería, comparada con la concepción empirista, un estadio posterior a la recepción originaria de ideas. En efecto, la mente humana no es solo registro pasivo de ideas, sino que tiene una actividad que le es propia, que desarrolla y elabora a partir de los materiales del pensar. Así, el empirismo, que postula el origen de las ideas en el mundo externo, pronto deja ese mundo externo y construye una teoría del conocimiento como relación de concordancia o repugnancia entre cualesquiera de nuestras ideas. De esta manera, el más alto grado de conocimiento es el propio de la matemática y la lógica, que trabaja con ideas que no toman como modelo ningún referente exterior; en cuanto al conocimiento del mundo físico o mundo exterior, solo podemos conformarnos con la mera probabilidad, pues nuestros sentidos no son lo suficientemente penetrantes como para descubrir la secreta naturaleza de las cosas. La constitución de las sustancias materiales siempre será un misterio desconocido para un ser, cuyos sentidos son muy limitados.

En ese sentido, los empiristas llaman conocimiento cierto al que se logra en el campo de la matemática y conocimiento probable al que se refiere al mundo físico (Locke, 1982). Pero, tal como lo cree Holmes, la idea de la mente como un papel en blanco dispuesto para ser “amueblado” con los datos que proporciona la observación, es un principio de la filosofía empirista.

Sherlock Holmes, por su parte, concede a la observación un papel preponderante en la obtención del conocimiento cierto.

*En “Estudio en Escarlata”,
Doyle (2000) describe la
concepción que del “cerebro” tiene
Sherlock Holmes: “Un pequeño
ático vacío en el que hay que
meter el mobiliario que uno
prefiera”*

La observación del detective consultor es un escrutinio riguroso de detalles, guiada por un preciso fin. El cerebro de Holmes no está dispuesto para recibir todas las impresiones del mundo exterior, él solo percibe aquellas que son útiles para un fin que se propone de antemano, lo cual implica una actividad propia de la mente que define, clasifica y relaciona datos que resultan relevantes con miras a un propósito definido. Nuestro detective consultor no se entrega a la variedad multiforme del mundo exterior que le parece caótica, insegura e incluso melancólica. Prefiere la observación metódica, selectiva de los datos que podrían llevarlo a la verificación de hipótesis establecidas de antemano. En este sentido, es una superación del empirismo. Así, es cierto que la experiencia juega un papel importante en la construcción del conocimiento científico, pero la mente tiene una actividad que le es propia, a saber, clasifica, relaciona, enjuicia y hace posible la experiencia.

El oficio de Holmes es una combinación de teoría y práctica. La observación y la deducción son pasos fundamentales de su método, por lo que termina, como dice Pineda (2008), “en la formulación de teorías que ayudan a articular todas las reglas del oficio en un cuerpo sistemático”. Es decir, el oficio de investigar, a la vez que está sustentado en un cuerpo teórico, es extremadamente práctico.

Sherlock Holmes se considera un pensador intuitivo y esa es una de sus fortalezas, tal vez la mejor, pues, “su brillante capacidad de razonamiento ascendía hasta el nivel de la intuición”. Ahora bien, desde la filosofía, de acuerdo con Locke (1982), la intuición es el más alto grado de conocimiento de que es capaz el entendimiento humano. Desde su

punto de vista, intuir es captar de manera inmediata la concordancia o repugnancia entre cualesquiera de nuestras ideas; tal es el caso de las proposiciones “lo blanco no es lo negro” o “dos más dos son cuatro”, con respecto a las cuales no se requiere inferencia alguna para llegar a conocer la certidumbre de su verdad. En el conocimiento demostrativo, por el contrario, se necesitan largas cadenas de razonamientos para establecer relaciones entre ideas que nos permitan llegar a conclusiones ciertas. Según el filósofo inglés, mediante el conocimiento intuitivo se capta la “verdad” como el ojo la luz, de una sola mirada (pp. 528-529).

Empero, las meditaciones Sherlockianas añaden algo más a la cuestión. Intuición y análisis son formas complementarias del pensamiento. Solo alguien bien entrenado en el análisis y en la deducción o inferencia, es capaz de tener un pensamiento intuitivo; es más, a menudo, la práctica del análisis corrige las intuiciones. En efecto, “La ciencia, para Sh. Holmes, consiste en elevarse desde sus intuiciones poderosas hasta el conocimiento exacto de los fenómenos que investiga, conocimiento que solo se logra por la elaboración de principios universales que guían su práctica investigativa” (Pineda, 2008). De tal manera que, la correcta intuición solo se logra después de un “trabajo analítico serio y permanente” (p. 151).

El buen investigador tiene una enorme capacidad de autocorrección. En el proceso de investigación no solo se valoran los resultados positivos que confirman la hipótesis propuesta, sino también los errores cometidos en el proceso. Estos últimos son valiosos porque nos dicen que tal o cual no es el camino; nos llevan a descartar posibilidades y esto tiene un

Sherlock Holmes se considera un pensador intuitivo y esa es una de sus fortalezas, tal vez la mejor, pues, “su brillante capacidad de razonamiento ascendía hasta el nivel de la intuición”.

gran valor en sí mismo. De otro lado, hay investigaciones que lejos de ser satisfactorias, como resultado nos plantean nuevas preguntas, como si la labor investigativa se nos convirtiera en una interrogación sin fin. Desde este punto de vista, la investigación solo presenta avances del proceso, resultados siempre relativos y sujetos a una corrección permanente.

Conclusión

La formación de un investigador no se logra solamente con los usuales cursos de metodología de la investigación científica que se imparten en las universidades. Ya que estos tienen un valor limitado; son necesarios, pero no suficientes para lograr la meta que se proponen.

Si hay un buen maestro que dirija el proceso, el novel investigador puede darse por bien servido; pero el maestro no podrá suplir nunca la condición fundamental que está a la base de toda indagación: la carencia, el deseo de saber, la necesidad vital de pensar por sí mismo, de construir las propias preguntas y elaborarlas largamente.

Nadie emprende una búsqueda si no tiene en mente un fin determinado, o como se dice en los relatos sherlockianos, nadie sobrecarga su mente con minucias si no tiene un motivo suficiente para ello. Clasificamos los datos que nos proporciona la observación en virtud de una cierta finalidad. La observación o, como dicen los filósofos, la experiencia, provee los materiales del pensar, pero el solo dato por sí mismo no dice nada, es un dato muerto si no se lo registra, clasifica y relaciona conforme a un principio orientador. Tal es el papel de las hipótesis, sirven de guía, ya que permite

tomar de la experiencia lo esencial y descartar lo superfluo. En el proceso de investigación, hay informaciones que se pueden desechar, sencillamente porque no todos los datos e informaciones son pertinentes para el fin que se busca.

Los relatos de Sir Arthur Conan Doyle nos muestran, entre otras cosas, cómo a partir de la literatura creadora de un personaje de ficción, el detective-consultor Sherlock Holmes, es posible introducir a los estudiantes en los temas básicos de la investigación. En efecto, conceptos tales como hipótesis, análisis, deducción, intuición, lógica, conocimiento, teoría, método, datos, clasificación, relación, presentados en la práctica de un hombre que se dedica a observar detalles, a “llenar su cabeza con minucias” con un interés práctico; estos conceptos se pueden apreciar en su utilidad, en su función dentro del proceso de investigación a partir de relatos aparentemente lejanos de la ciencia.

Las meditaciones sherlockianas no solo tienen un interés teórico, en la medida en que nos relacionan con los conceptos básicos del quehacer investigativo. Tal vez, su aporte más importante es mostrar lo humano que hay en toda auténtica búsqueda. El conocimiento se nos muestra como necesidad vital, como disciplina libremente impuesta, como continuidad en el tiempo y laboriosidad plena de sentido. Así, el trabajo del creador artístico, filosófico o científico es una labor que transforma a su autor, ya que se trata de una acción intencional, cuyo proceso y resultado es la expresión de sí mismo, de la propia subjetividad y pensamiento. Desde este punto de vista, el trabajo creador cumple una función social y, al mismo tiempo, expresa la más elevada manifestación del espíritu, a saber, el pensamiento.

Los relatos de Sir Arthur Conan Doyle nos muestran, entre otras cosas, cómo a partir de la literatura creadora de un personaje de ficción, el detective-consultor Sherlock Holmes, es posible introducir a los estudiantes en los temas básicos de la investigación.



Referencias

- DESCARTES, R. (2006). *Discurso del Método. Meditaciones Metafísicas* (pp. 53-54). Madrid: Espasa Calpe, S.A.
- DESCARTES, R. (2010). *Meditaciones Acerca de la Filosofía Primera. Seguidas de las Objeciones y Respuestas* (pp. 247-265). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- DOSTOIEVSKI, F. (2003). *Memorias del subsuelo* (pp. 98-100). Madrid: Ediciones Cátedra.
- DOYLE, A. (2000). *Sherlock Holmes. Obra completa*. Barcelona: Óptima.
- HUME, D. (1984). *Investigación sobre el Entendimiento Humano*. (4ª. Ed.). (J. de Salas Ortueta, trad.). (pp. 20-52). Madrid: Alianza Editorial.
- ICFES. (1999). *Serie aprender a investigar*. Bogotá: El Instituto (ICFES).
- LOCKE, J. (1982). *Ensayo sobre el Entendimiento Humano*. (1ª. Reimpresión). (E. O. Gordman, trad.). (pp. 528-529). México: Fondo de Cultura Económica.
- MARDONES, J. (2003). *Filosofía de las Ciencias Humanas y Sociales. Materiales para una Fundamentación Científica* (pp. 19-57). Barcelona: Antropos.
- PINEDA, D. (2008). *La Construcción del Oficio de Investigador: una perspectiva sherlockiana*. Bogotá: Editora Beta.
- VASCO, C. (1990). *Tres estilos de Trabajo en las Ciencias Sociales*. Bogotá: CINEP.
- ZULETA, E. (1985). "Tribulación y Felicidad del Pensamiento" *En: Sobre la Idealización en la Vida Personal y Colectiva*. (pp. 36-50) Bogotá: Procultura.
- ZULETA, E. (1994). *Elogio de la Dificultad y Otros Ensayos*. Cali: Fundación Estanislao Zuleta.